Serie 6. Año II. Número 25 Director, LUIS CANO



LECTURA AMENA

CONTENIDO:

F. Rodríguez Moya, *Callemos!* 525
Clemente Palma, *El Quinto evangelio* 527
Antonio Merizalde, *Pétalos de sangre* 531
G. Martínez Sierra, *Meditación de Abril* 532
M. A. Carvajal, *Rosas fugaces* 536
A. Mézieres, *Edgar Poe* 537
Gabriele D' Annunzio, *Alla giovinezza* 542
M. Ospina V., *A la juventud* 543
Rubén Darío, *En el mar* ....



MEDELLIN

IMPRENTA DE "EL ES TADOR"

CONDICIONES

Lectura Amena verá la luz pública el 15 y el 30 de cada mes.

Suscripción á la serie de 5 números....... $ 35

Número suelto.......................... 8

$ 2 Se publican avisos á razón de $ 98 la página, y línea de *long-primer*.

Los ...ntes tendrán derecho al diez por ciento de las suscrip... ...nes que coloquen y paguen.

No se devue... sino los originales que rechace la Junta de Censura, y s... ...ará con la nota respectiva.

Todo pago debe hace... ...nticipadamente.

REPUBLICA DE COLOMBIA.—DEPARTAMENTO DE ANTIOQUIA

LECTURA AMENA

REVISTA DE LITERATURA

Año II | *Medellín,* 15 *de Octubre de* 1905. | *No.* 25

F. RODRÍGUEZ MOYA

CALLEMOS!

Muchas veces en noches de invierno, al rumor de tormenta lejana, mientras viene á quejarse en mi puerta gimiendo importuna la gélida ráfaga, he compuesto mis versos sombríos en que dejo jirones de mi alma.

Al leerlos después se sonríen desdeñosas las gentes extrañas, ó doblando la página muda en que yacen dormidas mis ansias, ni siquiera á mirar se detienen la doliente postrera palabra. Sólo á mí que me oculto á escribirlos en la ausencia de voces humanas, sólo á mí que los guardo escondidos entre restos de cosas pasadas, entre pálidas flores que beso y me pongo á llorar al besarlas; sólo á mí que padezco el delirio de amar mucho las cosas calladas, de amar mucho las cosas dormidas y las cosas que no dicen nada: el repliegue que nadie ambiciona de las bocas marchitas é intactas, las pupilas profundas y humildes de mujeres que no han sido amadas .... sólo á mí me parecen tan tristes como carnes rebeldes y blancas, que soportan el hondo martirio de ser siempre castas, y en las horas eternas de insomnio, palpitantes, y tibias, y lánguidas, acarician en vano la sombra y agonizan de amor .... solitarias.

Para mí son tan tristes, tan tristes!.... como aquellas pupilas nostálgicas, en que brillan anhelos supremos y pasiones aún invioladas, que no han visto el desnudo que tiembla ni la forma que incita y se sacia, ni la fiebre violenta y nocturna de la trémula mano extraviada. Son tan tristes cual labios marchitos, como bocas del hombre olvidadas, que aún ignoran el beso fecundo de la hora nupcial muda y santa, y el sollozo brutal y divino que estremece la sombra y se escapa ...... y por eso al leerlos á veces se me llenan los ojos de lágrimas.

Son sangrientos pedazos de vida, son sangrientos jirones de mi alma.

Yo no sé qué pasión tan exótica me domina de pronto y me asedia, sobre todo en las tardes de invierno cuando ruedan cansadas las nieblas y la luz moribunda ilumina melancólicamente la sierra: me fascinan entonces las cosas, las adoro con honda tristeza, y me pongo á escuchar sin quererlo sus conciertos de música enferma. Crecen más á la luz del crepúsculo deificadas mis santas quimeras, y en los cielos internos del alma desperezan las alas soberbias; he encontrado al tocar mis pestañas una gota brillante y aceda, y no sé si es acaso una lágrima que vacila enredada allí en ellas, ó es tal vez la humedad de la tarde que en el párpado frío se hiela. Otras veces mirando las nubes y mirando también las estrellas, me he sentido tan sólo, tan sólo, y cercado por tánta tiniebla, que febril y cobarde, en la almohada, he corrido á ocultar la cabeza. Y de pronto también, cuando miro un manojo de flores ya secas, se me crispan nerviosas las manos, se detienen cansadas las venas, y tocadas de lepra monstruosa se deshacen mis locas ideas. Sobre todo en las tardes de invierno sufro yo de una extraña dolencia, y por eso mis rimas entonces son amargas, y tristes, y negras.

Yo no soy el poeta que vende sus versos por gloria ni ambiciono laureles en pago de rimas llorosas. El Arte es augusto y excelsa es la Estrofa; y tan solo un sacrílego necio quien pretenda salir de la sombra arropado en el manto inconsútil ó en la túnica azul luminosa con que cubren la Estrofa y el Arte la palabra, la línea y la forma. Yo no soy el poeta fingido que para que le oigan se queja y solloza. Yo no soy el poeta cobarde que anhela lisonjas. Cuando pongo la hiel de mi alma en un verso de música tosca, sé muy bien que las gentes extrañas al leerlo reirán desdeñosas, y una oculta vergüenza indecible mi frente sonroja: el dolor que se brinda y se muestra no es el santo dolor que corona, no es aquel insensato y sombrío que en silencio entre el pecho se ahoga; y por eso después de empaparles de mi llanto en las cálidas gotas, los oculto furtivo y temblando entre amados pedazos de cosas que me quedan de dichas que fueron y que páginas son de una historia; entre flores de pétalos mustios y entre flores de muertas corolas. Que se queden allí abandonados como secas y pálidas bocas, como humildes pupilas sin dueño, cual mujeres amantes y solas....los jirones sangrientos de mi alma! de mi vida las páginas rotas!

Compañeros! yo guardo mis rimas por el polvo de olvido cubiertas, y jamás las verán vuestros ojos porque sé que reís al leerlas.

Recoger los despojos sombríos de las arpas sin arco y sin cuerdas, y cantar con el alma en pedazos como Poe, el borracho poeta; escribir con el viejo divino de la frente hebetada y mugrienta, escribir con Verlaine, el convulso, que en sus horas de

miedo fué asceta; arrancar al silencio su nota ó tocar con D' Annunzio una tecla, y sentados al lado de Niestche maldiciendo la raza irredenta esperar el triunfal Medio-día que en la ignota distancia comienza, eso deben hacer los ungidos, eso deben hacer los poetas. Mas vosotros y yo, compañeros, en silencio dejemos la péñola.

El Arte es sagrado, la Estrofa es excelsa; y vosotros y yo, no sabemos, no sabemos crearlas inmensas, con su pompa hierática y muda, con su ingente y pagana grandeza.

Cual las mías guardadlas vosotros entre ramos de flores deshechas, y veréis cómo se aman entonces, y veréis cómo tienen tristeza, la tristeza profunda, infinita, de las cosas que atrás se nos quedan, de las cosas informes, calladas, de las cosas dormidas y quietas; la tristeza de humildes pupilas y de carnes rebeldes y trémulas; la tristeza de labios intactos en las bocas marchitas y secas.

Junto al libro del Tiempo, empapada, una pluma de ganso está puesta; solamente merece laureles el que escribe su nombre con ella. Deteneos al pie de esas páginas, deteneos si osáis recogerla, y escribir con el alma en pedazos, agobiados de insomnio y de pena, como Poe el sublime borracho ó Verlaine el borracho poeta.

Mas si no os atrevéis....en silencio, compañeros, dejemos la péñola, y guardemos los versos dolientes entre lívidas cosas ya muertas.

CLEMENTE PALMA

EL QUINTO EVANGELIO

A D. Juan Valera

Era de noche. Jesús, enclavado en el madero, no había muerto aún ; de rato en rato los músculos de sus piernas se retorcían con los calambres de un dolor intenso, y su hermoso rostro, hermoso aún en las convulsiones de su prolongada agonía, hacía una mueca de agudo sufrimiento.... ¿Por qué su Padre no le enviaba, como un consuelo, la caricia paralizadora de la muerte?.... Le parecía que el horizonte iluminado por rojiza luz se dilataba inmensamente. Poco á poco fué saliendo la luna é iluminó con sarcástica magnificencia sus carnes enflaquecidas, las oquedades es-

pasmódicas que se formaban en su vientre y en sus flancos, sus llagas y sus heridas, su rostro desencajado y angustioso....
— Padre mío, ¿por qué me has abandonado? ¿Por qué esta burla cruel de la Naturaleza?

Los otros dos crucificados habían muerto hacía ya tiempo, y estaban rígidos y helados, expresando en sus rostros la última sensación de la vida; el uno tenía congelada en los labios una mueca horrorosa de maldición; el otro una sonrisa de esperanza. ¿Por qué habían muerto ellos, y él, el Hijo de Dios, no? ¿Se le reservaba una nueva expiación? ¿Quedaba aún un resto de amargura en el cáliz del sacrificio?....

En aquel momento oyó Jesús una carcajada espantosa que venía de detrás del madero. ¡Oh! esa risa, que parecía el aullido de una hiena hambrienta, la había él oído durante cuarenta noches en el desierto. Ya sabía quién era el que se burlaba de su dolorosa agonía: Satán, Satán que infructuosamente le había tentado durante cuarenta días, estaba allí á sus espaldas, encaramado á la cruz; sentía que su aliento corrosivo le quemaba el hombro martirizando las desolladuras con la acción dolorosa de un ácido. Oyó su voz burlona que le decía al oído:

—¡Pobre visionario! Has sacrificado tu vida á la realización de un ideal estúpido é irrealizable. ¡Salvar á la humanidad! ¿Cómo has podido creer, infeliz joven, que la arrancarías de mis garras, si desde que surgió el primer hombre, la Humanidad está muy á gusto entre ellas? Sabe, ¡oh desventurado mártir!, que yo soy la Carne, que soy yo el Deseo, que yo soy la Ciencia, que yo soy la Pasión, que soy yo la Curiosidad, que yo soy todas las energías y estímulos de la naturaleza viva, que yo soy todo lo que invita al hombre á vivir.... ¡Loco empeño y necia vanidad es el querer aniquilar en el futuro lo que yo sabiamente he labrado en un pasado eterno!....

La lengua de Jesús estaba ya paralizándose, y el frío de la muerte le invadía como una marea.... Hizo un poderoso esfuerzo para hablar:

—El que oyere mis palabras y creyere en el que me envió, tendrá vida eterna y no vendrá á juicio y pasará de muerte á vida.

—Sí, pasará á la vida estéril y fría de la Nada.... La vida es hermosa, y tu doctrina es de muerte, Nazareno. Tu recuerdo perdurará entre los hombres; los hombres te adorarán y ensalzarán tu doctrina; pero tú habrás muerto, y yo, que siempre vivo, que soy la Vida misma, malograré tu divina urdimbre deslizando en ella astutamente uno solo de mis cabellos.... ¡Oh, Maestro!, no es eso lo que tú querías, por cierto; tú querías salvar á la Humanidad y no la salvarás, porque la salvación que tú ofreces es la muerte, y la Humanidad quiere vivir, y la vida es mi aliento. La vida es hermosa, iluso profeta.... ¿Quieres vivir para velar tú

mismo por la integridad y pureza de tu Buena Nueva? Yo te daré la vida con todas sus glorias, venturas y placeres: yo te la daré de mis manos....

El pecho de Jesús se convulsionaba en los últimos estertores de la agonía, sus párpados se cerraban como si los pecados de todos los hombres gravitaran sobre ellos con el peso de gigantescos bloques de piedra; quiso responder con una enérgica negativa, no pudo; su garganta se había helado.

—Todo ha concluído, —murmuró Satán con rabia sorda.—¡Ah, no! Aún tienes un segundo de vida para que contemples tu obra á través de los siglos. Míra, Nazareno, míra....

En el espasmo supremo del último instante, Jesús abrió desmesuradamente los ojos y vió, vió á ambos lados de su cabeza los brazos extendidos de Satán evocando sobre el cielo gris una visión desconsoladora. Vió en el cielo, hacia el Oriente, su propia persona adorando en el huerto de Gethsemaní; copioso sudor bañaba su rostro y su cuerpo; de pronto una aparición súbita y luminosa le llenó de congoja y de placer; un ángel enviado por su Padre le ofreció un cáliz de oro lleno de acíbar hasta los bordes: "¡Padre mío, lo beberé hasta las heces!," y lo bebió sellando así el compromiso de redimir á la Humanidad. Y la viva luz que despedía el enviado de su Padre le arrancaba del cuerpo una sombra inmensa, una larga y obscura cauda que llegaba hasta el cielo de Occidente, á través de muchos siglos, de muchas razas, de muchas ciudades. Y lo primero que aparecía bajo esa enorme sombra que cubría el tiempo y el espacio, fué la cumbre de un monte en donde él, Jesús, moría crucificado entre dos ladrones. Y seguían después infinidad de perfidias, de luchas, de cismas, persecuciones y controversias entre los que creían entender su hermosa doctrina y los que no la entendían. Y vió transportarse á Roma, la Eterna Ciudad, el núcleo de los adeptos á la Buena Nueva. Y vió una larga serie de ciudades irredentas, las que, á pesar de que ostentaban elevadas al cielo las agujas de mil catedrales, eran hervidero de todos los vicios más infames y de las pasianes más bajas. Y en todas partes veía pulular, no ya como símbolos, sino como seres reales, reproducidos hasta el infinito, pero con rostros distintos, á esas dos mujeres de Ezequiel: Oolla y Oolliba. Las veía en los conventos, en las cortes, en las calles, en los templos. Y todas llevaban al cuello collares, cintas ó hilos que sostenían una cruz. Y vió abadías que parecían colonias de Gomorra, y vió fiestas religiosas que parecían saturnales. Y guerras, matanzas y asesinatos que se hacían en su nombre, en nombre de la paz, del amor al prójimo, de la piedad, de esa piedad infinita que le llevó al sacrificio. Y así como sus compatriotas se burlaban de él, cuando Anás le condenó á ser azotado y cuando el Procónsul le envió á la muerte, así también las nuevas ciudades se burlaban de su doc-

trina, sólo que lo hacían en unos idiomas extraños, en los que las palabras tenían cuerpo de plegaria y alma de ironía. En los confines últimos del horizonte vió levantarse una ciudad llena de cúpulas, de chimeneas fumantes, de alambres, de torres altas, como la de Babel, y de construcciones extrañas; esa ciudad era Lutecia; de allí salía un murmullo de hervidero. Un sumo sacerdote, que era el mismo Satán disfrazado, subió á una torre cristiana y dirigiéndose á él dijo: —"Nazareno, has sido un sublime visionario, creíste redimirnos y no nos has redimido. S. M. el Pecado reina hoy tan omnipotente como antes y más que antes. El pecado original, de cuya mancha quisiste lavarnos, es nuestro más deleitoso y adorado pecado. Ya no eres sino un nombre convencional, Nazareno ...." Y un inmenso rumor de risas de placer y de locura extinguió la voz del orador. Más allá había otra ciudad, Londres: un sacerdote semejante al anterior repitió las mismas palabras; y la Ciudad Eterna, Berlín, San Petersburgo, Madrid, Wáshington y mil ciudades más le repitieron lo mismo en mil lenguas distintas. De pronto las ciudades se iluminaron como incendiadas; se oyó el estampido de los cañonazos y el ruido ensordecedor de un jolgorio loco. Era que la Humanidad despedía al siglo XX y saludaba la venida del siglo XXI. Jesús no quiso ó le faltaron las fuerzas para ver el futuro afrentoso de las razas. Levantó la mirada al cielo, y en vez de ver allí proyectada la silueta de su cuerpo orando en el momento en que bebía el cáliz del sacrificio, vió la silueta extraña de un individuo escuálido, armado de lanza y escudo y cabalgado en macilento caballo... ¿Era el ángel de la Muerte que describiría después Juan en el Apocalipsis?....

Pronto lo supo. Satán con burlona sonrisa é irónico acento le dijo inclinándose á su oído:

—He aquí, Maestro, que, además de los Evangelios que escribirán Mateo, Marcos, Lucas y Juan, se escribirá dentro de diez y seis siglos otro que comenzará así: —"En un lugar de la Mancha, de cuyo nombre no quiero acordarme, no há mucho tiempo que vivía un hidalgo de los de lanza en astillero, adarga antigua, rocín flaco y galgo corredor ...."

Pero Jesús ya había muerto y no oyó la inicua burla del genio del mal; sus hermosos ojos claros quedaron desmesuradamente abiertos, y en sus pupilas se reflejaba duplicado aquel vasto panorama de la ironía de su sacrificio á través del tiempo y del espacio. Bajó Satán del madero y todo ello desapareció; pero en las azules pupilas del Salvador permaneció estereotipado el cuadro cruel.

¿Fué piedad ó impiedad? Satán volvió á encaramarse en el madero, y con su oprobiosa mano cerró los párpados de la divina víctima.

Y luégo huyó dejándose rodar sobre las peñas del Calvario, en las que rebotaba como una pelota de goma.

ANTONIO MERIZALDE

PETALCS DE SANGRE

Porque en los floridos arbustos
haya corolas encendidas
como la sangre de los labios
y la seda de las mejillas ;

porque haya diáfanos cielos ;
flores, sol, aves, fuentes limpias,
noches dulces y evocadoras
y quietas tardes pensativas ;

porque existan mujeres bellas
de vagas y hondas pupilas,
y de raso sean las manos
que con amor nos acarician,

y retoce la Primavera
en la inocente, franca risa,
y en los rostros más infantiles
que bañan lágrimas esquivas,

y sonría en los tiernos tallos
que balancean frescas brisas ;
en el oro de los cabellos
y en el oro de las espigas,

y haya hombres de hercúleos brazos
y rebosantes de alegría
que en el vivir sólo encontraron
una fuente de inmensas dichas,

¿ se extinguirá el dolor inmenso
que en tu camino riega espinas,
y no más vivirás ¡ oh espiritu !
languideciendo noche y día ?

O al mirar los ríos de llanto
que por la estepa de la vida
se arrastrarán eternamente
mientras el tedio humano exista,

¿ sobre la senda ensangrentada
por donde vas con tus desdichas,
rasgando un velo de misterios
pondrás final á tus fatigas ?

¿O bajo la cruz ominosa
que sin piedad te martiriza,
aguardarás el sueño eterno
con serenidad infinita .... ?

G. MARTÍNEZ SIERRA

MEDITACION DE ABRIL

...Tienes razón: estamos en la época florida del vivir: somos felices, completamente felices. Y pienso yo: ¿será verdad que nuestra vida es una extraña excepción, un desusado privilegio? Todo el mundo se queja más ó menos, es sentencia unánime el "nadie está contento con su suerte." Entonces ¿es que á nadie le acontece el bien que á nosotros? ¿O será que el gozo le llevamos dentro, en la masa no sé si de la sangre ó del espíritu? Acaso: la lucha y el camino y el trabajo nos deleitan, no por la esperanza de lo que han de lograrnos, sino por ellos mismos. Yo, al menos, pienso, y estoy seguro de que piensas conmigo:—Este que es mi camino, es mi jardín:—Y nunca digo:—Apresurarnos hemos: al fin habrá algo que será recompensa de nuestro afan—sino: Vayamos viviendo, que en el mismo camino del vivir hay algo muy hermoso, que es como el pan nuestro de cada día.

La vida es el premio del vivir: viviendo se merece y viviendo se goza. ¡Bendita tú la actividad, porque eres como un fruto que naciese de nuevo á cada hora, fruto que sabe al mismo tiempo á deseo y á posesión!

Y esta peculiar conformación del ánimo, esta constante disposición al saboreo de las cosas actuales, ¿acaso no es la mayor de las dichas, y á quien la suerte se la otorga, no le ha dado con ella

lo más que puede darle?

¿Por qué será el camino tan fácil para algunos? Yo, en ocasiones, quisiera sentirme un poco místico, y prepararme para tiempos difíciles que acaso han de venir, mirando cara á cara la adversidad. ¿Cómo sería yo en la desdicha? Y no tengo valor para imaginarlo. Dicen que la aflicción es el contraste de las almas: pero á veces me complazco en creer que es el destino como padre piadoso y que gusta de oír cómo ríen los hombres, y ofrezco mi gozo, agradecidamente, como un incienso, como una oración.

....¡Como un incienso!....En los días muy claros de verano, cuando hace mucho sol, en la hora de siesta, cuando todos duermen y se callan, yo he estado muchas veces en un jardín. Parece que las plantas también duermen, porque á esa hora no dan perfume: entre las ramas, ya muy frondosas, verde muy oscuro de los rosales, hay pocas rosas rojas que se inclinan como agobiadas por el calor: las ramas de salvia, sobre el terciopelo polvoriento de sus hojas, que parecen lanzas, tienen las varas de flor violeta, y también los romeros están en flor. Los geráneos desafían al aire abrasado y la arena de las sendas refulge: el aire está todo tan hecho de luz, que no se sabe de dónde viene el sol; y entonces mirándole muy fijo, se le ve vibrar ¡sí, el aire vibra como sobre la llama de una hoguera, en ondas tenues que parecen burbujas de luz, burbujas que van subiendo, subiendo, subiendo..son azules, y tienen coronas doradas. Hay un ruido muy tenue: el aleteo de una abeja que está entre las flores de salvia y romero; pero no se la ve, y parece su runrunear el ruido de las burbujas de aire que están subiendo, y que son el incienso de la tierra llena de gozo.

Y en tales horas, mi corazón ha sido, como la tierra, un reposorio para el aire azul, y de mi alma han salido, camino del cielo, más burbujas de luz con coronas de oro que todas las que había sobre el jardín: y he besado mil veces las hojas de salvia que estaban ásperas y tibias, y he mordido las hojas de romero, que son amargas y aromáticas y ensanchan el pecho con este su aroma, y he abrazado los troncos de los árboles y he corrido, loco, por todo el jardín, y he dicho versos á voz en grito, y me he echado á llorar, vibrando como el aire y sollozando, lleno de júbilo: ¡Gracias, gracias por tánto sol! Y este ha sido el incienso de mi alma.

...A cada nueva primavera parece que el alma florece de nuevo como los árboles del amor, que ahora acaban de florecer: y es como una rosa hecha de mil rosas, porque vienen recuerdos de cosas que parecían olvidadas á hablar con ella y á despertarla: las amistades que acaso nacieron en otras primaveras, adormecidas por la costumbre, con el pasar de nuevo de los olores de aquellas flores mismas que estaban en la tierra cuando ellas nacieron, vuelven á encenderse, y saben á nuevas y á bienvenidas: los entusiasmos surgen claros y susurradores como fuentes que rompen

el hielo, y las esperanzas son como las crestas azules de las montañas que hay en el horizonte de Castilla. Esta es la hora propicia para soñar. ¿Por qué habrá quién dice que los sueños son malsanos? Tanto valdría decir que es malsana la felicidad. Porque ¿dónde está la diferencia entre soñar y vivir? El goce de un suceso, de un hecho, no está precisamente en el hecho mismo — pocas veces el gozo coexiste con el momento de la acción — sino en el saboreo del recuerdo: ¿y qué son los sueños sino recuerdos de hechos que no han existido? ¿Y qué diferencia sensible hay entre el recuerdo de lo que acaeció y la remembranza de lo que pudo acaecer? Falsa es la vida si falso es el ensueño, porque, ¿quién responde de que la verdad de su recuerdo sea la verdad de lo que aconteció? Siendo esto así, puesto que los sueños nos hacen felices, *¡soñemos, alma!*

Hay quién arguye sabiamente. Para ensoñar el alma se prende alas que no son suyas; y sucede siempre que á la mejor altura las alas se rompen, y el alma se hiere al caer. Verdad; pero estas almas que así ensueñan son como vírgenes locas; yo sé de otra manera de ensoñar, subiendo paso á paso por sendas floridas hasta la cumbre de la bienandanza, y una vez en lo alto, sabiendo que la cima es ilusoria, sin aguardar á que se desmorone, emprender nuevamente la bajada, despacio, por las mismas sendas que nos elevaron en la subida, viendo las mismas flores que ahora están un poco pálidas; el mismo sol, que ya se está poniendo. Lo peligroso del ensueño está en juzgarle vida: el gran secreto de la vida está en vivirla como si fuera sueño.

Libre de todo necio convencionalismo, la vida es feliz porque está serena frente á la verdad, que dulce ó amarga es siempre amiga; pero cuesta alcanzar esta liberación, puesto que la primera mitad de la vida la gasta el mundo, y en especial aquellos que más nos aman, en ligarnos al error con lazos todopoderosos; las sutiles argucias que edifican dentro de nosotros el palacio de las equivocaciones seculares, son como hilos de araña que estuviesen hilados en diamante; y de tal manera tenemos prendidas sus tramas en el corazón, que cuando la luz viene quisiéramos cerrar los ojos por no verla, y sentimos el dolor del desgarramiento aun antes de haberlas comenzado á arrancar. Los amados nos miran con tristeza hosca y suspiran; los razonables *amigos de la casa* hacen pronósticos fatídicos; las señoras formales cabecean, y, en las tertulias íntimas, se dan el gozo de murmurar, comentando los síntomas de nuestra sinrazón; algunos niños que nos querían, como oyen decir que ya no somos buenos, acaso sin dejar de querernos, huyen de nosotros, y todos los necios de la tierra nos miran desdeñosamente desde lo alto de su necedad. ¡Al cabo ellos son personas que viven de acuerdo con todos los santos pareceres del mundo! Son días tristes y amargos de pasar es-

tos de la lucha entre nuestra verdad y la verdad de aquellos á quienes amamos: todas las horas de ellos son grises y hay un dolor en cada palabra: nuestra alma atormentada es á veces injusta y á veces débil; á días intenta dormirse de nuevo en las blanduras del error, y entonces la verdad clama con gritos inefables; y luégo lloran lágrimas elocuentes los que se creen lastimados en la abnegación que para nosotros tuvieron; y hay que oírles llorar, y hay que llorar con ellos y sobre ellos, y hay que sacar vivo su amor de la batalla! Esta es la prueba de los grandes amores.

El día decisivo hay un flujo y reflujo de almas que se despiden de nosotros, ellas creen que para siempre: alguna, la que más nos amó, llega á paso furtivo y nos abraza avergonzándose: otra, que ha visto lucir la verdad, y que no se atreve á seguirla, nos aprieta la mano, y murmura: Haces bien. Y luégo todas se van. Sabemos que acaso nos maldicen y las compadecemos aunque ellas piensan que hay entre nosotros barrera infranqueable de rencores. La soledad es nuestra buena amiga y nos enseña lo que antes no sabíamos, á comprender y á perdonar. Pasan días y días: aquellos que huyeron vuelven á nosotros, y apenas nos hace sonreír su vuelta; se sientan á nuestra mesa algo desconcertados porque vinieron buscando reconciliación y nosotros, que ignoramos la ofensa que nos hicieron sus corazones, no sentimos necesidad de reconciliarnos: otros llegan majestuosamente como á dar sanción á nuestra locura "puesto que al cabo nos hace felices" y éstos se van furiosos porque no nos importa su sanción; y acaece también que alguno de aquellos necios desdeñosos, viendo nuestra paz, olvida á qué costa la hemos logrado, y dándonos palmadas en el hombro, viene á decirnos confidencial: —¡Qué suerte tienes! Hay también *torres de marfil*, que encastilladas en su sabiduría del error, persisten en su digna actitud condenadora: y su inflexibilidad nos regocija como el llanto de un *Augusto* en el circo.

El alma, en presencia de la verdad que halló, es como una pradera cara al cielo; pasan sobre ella mariposas blancas y nubes negras: y ella se deja acariciar por la sombra de las alas blancas y por la sombra de las nubes.



M. A. CARVAJAL

HORAS FUGACES

Recuerdo muchas cosas cuando con tus sutiles
miradas me interrogas, cuando en tu boca trina
todo el frescor eclógico de diecisiete abriles
vividos como un sueño bajo una paz divina.

Me dan vaga tristeza tus gracias juveniles
porque algo en mí se ha muerto que tu alma no adivina,
¡y qué nostalgias hondas de cuentos infantiles
me vienen cuando muere la lumbre vespertina!

Un hada, mi madrina, que ha visto muchas cosas,
me recitaba cuentos cuando no me dormía,
en la éra gloriosa de mi niñez; las rosas

Llovían en mi frente con plácida alegría,
y, ya medio dormido, tres hadas cariñosas
cantaban á mi lado....y yo me sonreía.

Como un vuelo de estrellas, las cabecitas de oro
ágilmente coquetas, levantaron el vuelo
hacia allá....¿Qué se hicieron el cántico sonoro,
las blancas alegrías, la casa del abuelo?

Ya no habrá más crepúsculos para cantar en coro
la canción de *La Tórtola* con suave ritornelo,
ni el corro de los niños con su reír sonoro
fastidiará la triste decrepitud del cielo.

Ay Dios, cómo es traidora la vida! Ya las blondas
cabezas de los niños me dan triztezas hondas;
aspiro los efluvios de la selva pagana,

Y adivino en sus ojos sonrientes y buenos
la angustia de las bocas, el temblor de los senos
y la melancolía de la nueva mañana.

A. MÈZIERES

EDGAR POE

El 19 de Enero de 1809 nació en Boston el niño enfermizo que iba á hacer célebre el nombre de Edgar Poe. Aunque descendía de una antigua familia americana y su abuelo había servido á órdenes de Lafayette con el grado de General, vino al mundo en las condiciones más lamentables.

Tres años después, su padre, que se hizo comediante por amor, y su madre, actriz de alguna nombradía, murieron ambos, el uno de excesos alcohólicos, y la otra de consunción.

Por más que se recordaron los méritos de la madre para obtener dos representaciones de beneficio, el público no correspondió á la excitación de los periódicos. Cuando personas caritativas fueron de visita á llevar algunos auxilios al desgraciado hogar, encontraron al marido y á la mujer acostados en una cama de paja, sin alimentos, sin dinero y sin lumbre. Los vestidos habían sido empeñados ó vendidos. Los tres niños, á medio vestir y medio muertos de hambre, descarnados, lloraban al cuidado de la vieja Galloise, quien para acallar los gritos de esas criaturas les daba pan remojado en ginebra.

I

Es preciso representarse desde el principio ese doloroso espectáculo si se quiere comprender la existencia miserable y el genio atormentado de Edgar Poe. No sólo ninguna alegría se cierne sobre su cuna, sino que trae al nacer la hereditaria predisposición á contraer el alcoholismo. Jamás gozará de la serenidad que da un temperamento sano y bien equilibrado. Mientras viva estará en lucha contra instintos contrarios: por una parte, su gusto por la sobriedad, que le es indispensable, su resolución de no beber, y por otra, en horas de depresión y de abatimiento mórbidos, la tentación irresistible de buscar en el alcohol un estimulante. Ese hombre de excelente compañía, que observaba durante meses enteros la conducta más correcta del caballero más culto, se olvidaba, en momentos de embriaguez, de lo que se debía á sí mismo, y alarmaba á sus amigos con la incoherencia de su lenguaje.

La imposibilidad en que estaba de dominarse, el contraste continuo entre las promesas que hacía con la mayor sinceridad y los actos de locura que no podía prescindir de ejecutar, desalen-

taban al rededor de él las buenas voluntades más acentuadas. Tuvo durante su desgraciada niñez una buena suerte inesperada. Un rico americano, conmovido por el desamparo en que se encontraba ese pobre sér abandonado, lo llevó á su casa y lo hizo educar como si hubiera sido su hijo. Se le buscaron los maestros más capaces y se le proporcionaron todos los medios de instruírse; aun se le hizo cursar en la escuela militar de West-Point; pero las desigualdades de su carácter agotaron la paciencia de su padre adoptivo. Después de haber vivido hasta los veinte años como un hijo de familia, como el heredero de una fortuna, se vió obligado, de la noche á la mañana, á ganar para vivir, reducido á los más duros extremos.

Jamás se repuso de esa sacudida, jamás volvió á tener las esperanzas y la confianza de sus años juveniles. Tuvo momentos de popularidad y de buen éxito, y hasta un poco de dinero algunas veces; pero en lo general, vivió en la miseria, sin tener asegurado el pan cotidiano. Hay cosas que sus desgracias no pueden quitarle: la distinción de sus modales y de los rasgos de su fisonomía, la seducción penetrante de su lenguaje, la propiedad minuciosa de éste, y el cuido esmerado de su interior.

Felizmente para él, su existencia fué completada con la abnegación de una tía y de una prima, con la cual se casó, cuando ésta contaba catorce años de edad. Esa tía, la Sra. Glemm, miserable como él y que vivía de su trabajo manual, lo recibió en su casa en Baltimore cuando él salió de la escuela de West-Point. Unieron su afecto y su miseria. La hija única de la Sra. Clemm se enamoró, como era natural, del buen mozo joven que vivía la misma vida que ella, y cuyos defectos disimulaba cuidadosamente la madre. Nunca le hablaba de él sino con entusiasmo.

Gracias al sentimiento poético que Edgar Poe le comunicaba á todo, y al valor moral de esas dos mujeres que con él vivían, su casa conservaba siempre, aun en las horas más sombrías de su existencia, algo elegante y agradable á la vista. Todos los que en aquélla penetraban estaban de acuerdo en eso.

El capitán Mayne-Reid, que fué á visitarles en un tranquilo arrabal de Filadelfia, se maravilló del aspecto seductor que supieron dar á su casa de madera, cubierta de flores y de plantas trepadoras. La fisonomía maternal de la Sra. Clemm, la bondad que respiraba su rostro iluminaba la pobre morada con dulce luz. Se desvelaba por su yerno con solicitud constante: servía de embajadora entre él, los editores y los directores de revistas; llevaba los artículos, recibía el dinero, iba á buscar las provisiones para la casa, y, en caso necesario, á buscar al mismo poeta en alguna taberna ó en alguna estación cercana. La mujer de Poe, Virginia, era una criatura de agradabilísimo trato, de belleza y gracia encantadoras, pero desgraciadamente atacada de consunción y mar-

cada yá para una muerte próxima cuando él se casó con ella. El colorido de sus mejillas, la aparente lozanía de su tez demasiado anunciaban la catástrofe. Uno de los grandes placeres de Poe era oírla cantar acompañándose con el harpa ó el piano. Una tarde, durante la primavera de 1842, la melodía se suspendió de pronto. Un vaso se reventaba en la garganta de la cantora. Poe nunca más volvió á oír la voz amada. Desde entonces la pobre mujer sufrió mil angustias. No podía soportar el menor contacto del frío; necesitaba precauciones y cuidados que los recursos de la casa no permitían siempre prodigarle. El cuadro que de los últimos días de esa existencia traza un testigo ocular es profundamente patético.

"El cuarto donde permanecía extendida semanas enteras pudiendo apenas respirar con ayuda del abanico, era una pequeña pieza de techo tan bajo del lado en que estaba la angosta cama, que casi lo tocaba con la cabeza. No dejaba por eso de ser Virginia exquisita imagen de gracia paciente. Con sonrisa de resignación y de manera afectuosa y aun jovial daba la bienvenida á los amigos." Su muerte sumió á Poe en accesos de desesperación de que no salía sino para buscar el olvido en el alcohol. El mismo confiesa que esa época fué una de aquellas en que cometió mayores excesos de ese género.

El más notable de sus poemas, *El Cuervo*, lo introdujo en la más brillante sociedad de Nueva York y le proporcionó relaciones consoladoras.

Ofrece entonces su corazón con vehemencia, escribe versos ardientes, cree haber encontrado un alma hermana de la suya y quema sus naves en declaraciones ditirámbicas: amores de cabeza ó de imaginación que lo engañan á él mismo, pero no suficientemente profundos para dar á su destino nueva orientación. Aun las mujeres á quienes sucesivamente se dirige, reconocen la fragilidad de los nuevos sentimientos que cree han despertado en él. A pesar de la seducción de su lenguaje y de su correspondencia, y aunque sea el más elocuente de los enamorados, resisten y se defienden. Sienten instintivamente cuánto hay de artificial en protestas tan apasionadas. La facilidad con que el desgraciado amante cambia de objeto indica que ellas tienen razón para mantenerse en guardia y no fiarse en esas primeras efusiones. Apenas se ve desanimado y abandonado por una de ellas, rinde sus homenajes á otra con el mismo furor. Todavía hablaba de casarse cuando una crisis alcohólica, más fuerte que las otras, lo abatió. Esa vida atormentada concluyó, como debía concluír, en el hospital. Cuando á él lo llevaron, yá no se daba cuenta de las cosas: ni supo quién lo llevó, ni con quién había pasado las últimas horas.

II

En Francia apenas conocemos á Edgar Poe por la traducción que Baudelaire ha publicado de alguno de sus cuentos y por el

corto prefacio que precede á esa traducción. Trabajo original, pero un poco sintético. Baudelaire fué demasiado feliz al encontrar un escritor tan semejante á él mismo por ciertos lados, al abarcar en conjunto la obra completa de Edgar Poe, al penetrar en su cambiante diversidad. Admira, copia, imita, transforma una melodía cantante y dulce en una poesía de aspereza salvaje; ni todo lo ha comprendido, ni lo ha interpretado todo; en una palabra: no le ha dado la vuelta á su modelo, no lo ha recorrido todo. En las *Névroses* de M. Rollinat y en algunas piezas de Stéphane Mallarmé se trasluce algo de Edgar Poe, algo mórbido en el primero, y en el segundo algo del sentimiento de lo que la armonía musical agrega á la belleza de los versos; pero ni los unos ni los otros nos dan idea de la enormidad de las concepciones del escritor americano y de su poderosa originalidad. Ninguno de ellos nos ha dicho lo que ante todo han debido decirnos: que él no le debe casi nada á creaciones de otros, que casi todo lo saca de sí mismo, de su experiencia, de sus observaciones, de sus visiones ó de sus ensueños. También por ser lógico, porque razona sobre todo, aun sobre su locura, es por lo que se circunscribe sistemáticamente á composiciones cortas en prosa y en verso, á fin de no traspasar los límites del interés que la movilidad de su espíritu y el vaivén de su pensamiento le permiten tomar en las cosas.

Esa sobriedad voluntaria le da el medio de obtener lo que busca y lo que es una de las características de su genio: el máximun de efecto en el mínimum de tiempo. Experimenta un placer especial, placer de contraste, en introducir cierta severidad clásica en las extravagancias de las combinaciones más románticas. A tiempo que su imaginación tiene todas las audacias, el estilo, la forma de que se sirve, tiene algo de circunspecto, de correcto y de pulido.

En Edgar Poe las obras son el reflejo inevitable de la vida, la consecuencia obligada de las predisposiciones hereditarias. Nadie escoge menos que él la materia de sus trabajos. No dirige en general su pensamiento como quisiera. Una fuerza interior que él no puede dominar lo sojuzga y lo arrastra en direcciones marcadas de antemano. Si su imaginación se torna inmediatamente hacia lo fantástico, no es porque Anne Radcliffe, de Lewis ó lord Byron ejerzan influencia en él; es sobre todo porque ningún género literario conviene tanto á su temperamento alcohólico. Casi no toma de sus predecesores sino la lejana decoración, los vagos fondos históricos del Viejo Mundo, donde pueden moverse sin demasiados choques las criaturas más inverosímiles, las viejas abadías góticas de Inglaterra, los castillos del Rhin ó de Hungría, los palacios del Renacimiento italiano, los calabozos de la Inquisición española, y algunas veces hasta los hipogeos de Egipto.

III

En esa decoración convencional no son fantasmas imaginarios los que se agitan. Son seres reales, vivos, ó, más bien, bajo disfraces diversos, un solo sér, un enfermo: el mismo Poe, presa de visiones, de alucinaciones mórbidas.

El hechicero no evoca también tan espantosas quimeras sino porque él es la primera víctima de ellas; son sus sufrimientos los que constituyen la fuerza de su magia; lo fantástico en él no es sino la proyección de su enfermedad en la literatura. El vino, el alcohol, el opio, la morfina, todos los excitantes, todos los estupefactivos que toma hacen pasar ante sus ojos imágenes de las cuales no tiene la fuerza de substraerse. Las ve como si existieran, y si de ellas nos comunica tan fuerte impresión, es porque él la ha recibido primero. La exageración de sus sentimientos personales, llevada hasta el último extremo, se nota en la pintura que hace del amor. Ninguno de sus personajes ama sencilla, dulce y naturalmente. Siempre son pasiones extáticas las que desde el primer momento se presentan en el último grado de la adoración. Sus mismas heroínas, constantemente idealizadas y espiritualizadas, concluyen por desvanecerse en la sombra misteriosa de la muerte que las acecha. Ninguna gozará de la plenitud de la vida. Tal parece que su belleza no pueda recibir el retoque ó última mano, y su último encanto, sino con la prematura destrucción.

El rasgo común de todos los cuentos como el de todas las poesías de Edgar Poe, es la melancolía, una concepción dolorosa y trágica del destino de la humanidad. Sobre cada personaje de los que pone en escena se cierne un dolor secreto ó aparente, una causa de pesar ó de desesperación, un motivo de terror. Esa inevitable tristeza de la vida la ha expresado en una obra que resume todas las cualidades del escritor: el poema *El Cuervo.*

A media noche, en el mes de Diciembre, cuando cada tizón moribundo proyectaba claramente su sombra sobre el piso de madera, un soñador dormitaba en un sillón, con un libro en la mano, buscando en la lectura una tregua á su dolor, una disminución del pesar que le causaba la muerte de su novia. Le pareció de pronto que alguien tocaba paso á la puerta de su cuarto. Después de un primer estremecimiento, presa de un terror fantástico, comprimiendo á duras penas los latidos del corazón, se levantó, y en medio de las tinieblas abrió la puerta de par en par. Miró y no vió nada, escuchó y no oyó sino el murmurio lejano del nombre de su muy amada.

Poco después sonó un segundo golpecito. Esta vez fué en la ventana. El desgraciado la abrió y por ella entró un cuervo majestuoso, batiendo las alas sin parar ni minorar su vuelo y fué á posarse sobre el busto de Palas, precisamente encima de la puerta.

El soñador se acostumbra poco á poco á ver el ave, con la cual

entra en comunicación. La interroga, la asedia á preguntas sobre lo porvenir, sobre el más allá. Concluye por rodar el sillón y situarse frente á ella, el corazón inflamado por aquella mirada de fuego. A cada pregunta el cuervo contesta con el implacable estribillo: nunca más, *never more.* ¿Encontrará algún día un bálsamo para su dolor? —*Never more.* En el lejano Edén ¿podrá recibir en sus brazos á la virgen santa que los ángeles llaman Lénore?—*Never more.* Hasta la sonoridad del estribillo y de la rima en la lengua inglesa tiene algo doloroso. En ninguna parte se ha expresado con más fuerza la poesía de la desesperación. Tampoco ninguna obra resume mejor el genio poético de Edgar Poe, con la precisión altiva de su lenguaje y la riqueza de su prosodia. Ningún anglosajón ha escrito jamás con más concisión y más vigor que él en ocasiones. Su estilo es de una trama tan fuerte, de un vigor tan sólido, que aun en medio de sus oscuridades, divagaciones é incoherencias, tiene de pronto pasajes de gran poeta y de gran prosista.

GABRIELE D' ANNUNZIO

ALLA GIOVINEZZA

O Giovinezza, ohimè, la tua corona
Sulla mia fronte già quasi è sfiorita,
Premere sento il peso della vita,
Che fu si lieve, sulla fronte prona.

Ma l' anima nel cor si fa più bona,
Come il fruto maturo, umile e ardita
Sa piegarse e resistere, ferita
Non geme, assai comprende, assai perdona.

Dileguam le tue brevi ultime aurore,
O Giovinezza, tacciono le rive,
Poi che il tonante vortice dispare.

Odo altro sono, vedo altro bagliore :
Vedo in occhi fraterni ardere vive
Lagrime, odo fraterni petti ansare.

M. OSPINA V.

A LA JUVENTUD

(DE GABRIEL D' ANNUNZIO.)

Juventud, ay de mí! ya tu corona
Desflorece en mi sien desfallecida:
Ya el peso, ayer tan leve, de la vida,
Siento que me doblega y me aprisiona.

Cual fruto al madurar, se perfecciona
El alma en mí: humilde y atrevida
Sabe ceder y resistir, herida
No gime, que comprende y que perdona.

Mueren tus breves, últimos albores,
Las riberas se callan, en un santo
Silencio, tras los vórtices tronantes;

Y oigo otro són, veo otros resplandores;
Veo en ojos hermanos arder llanto;
Oigo pechos hermanos jadeantes.

RUBEN DARÍO

EN EL MAR

....

DICIEMBRE 14.

Mientras el banquero belga conversa de finanzas con el explorador italiano, que es también un escritor, el médico suizo ha entablado una partida de *piquet* con el comerciante venezolano, y la profesora alemaaa ataca á Chopin. Le ataca correctamente, demasiado correctamente, pero Chopin acaba por triunfar de esa ejecución tudesca de institutriz. Chopin sobre las olas y en una suave hora nocturna; hace falta la luaa; pero no importa, el canto mágico crea el *clair de lune* en la misma substancia musical y el hombre

propicio al ensueño puede fácilmente ejercer la amable función. Y no sé como, vengo á pensar en *ese individuo.* ¿Cuál? Voy á deciros. Hay allá entre los pasajeros de tercera clase, en ese montón de hombres que se aglomera como en un horrible panal, en la proa del barco, un prisionero. Es un criminal italiano que camina, por obra de la extradición, á cumplir con la condena de veintiún años de presidio que ha caído sobre él á causa de un asesinato. Logró escapar á las autoridades de Italia y vivió en Buenos Aires cinco años de honrada vida, á lo que parece. Alguien le descubrió en su incógnito, y la Legación italiana pidió le fuera entregado el reo; el tratado tuvo cumplimiento y el asesino va hoy á que le pongan la cadena en su patria. Le he visto hosco, zahareño; su cara, una ilustración de un libro de Lombroso. Esquiva el trato, rehuye la mirada, y en la muchedumbre de sus compañeros de viaje, va libre y suelto. Estamos en alta mar; un incendio, un choque, un naufragio, podrían ocurrir, y ese presidiario tiene igual derecho que cualquiera de nosotros para salvar su existencia. Es la lógica del marino, y es hermosa. Hoy penetré en el ambiente infecto de ese rebaño humano que exigiría la fumigación. Era la hora de la siesta. Quiénes dormían en los posadizos ó á pleno sol, quiénes en círculos y grupos jugaban á las cartas, ó á la lotería. Aislado por su voluntad, el condenado, cerca de la borda, miraba al mar. Procurando una especial diplomacia logré entrar en conversación con él; y á los pocos momentos ese rostro rudo se aviva, se excita. No, él no es culpable; ha matado en defensa propia; él no procurará evadirse; va á Italia contento, porque ya se volverá á abrir la causa y entonces se verá cómo va á brillar su inocencia. Los ojos convencidos, la palabra sale fácil, el gesto atornilla la palabra. Italiano y asesino, pienso yo: el amor de seguro anda por medio. Pero no; se trata de un vil asunto de intereses, de una miserable cuestión de *quattrini.* Y entonces siento en verdad que ese hombre es culpable, tristemente culpable. No ha sido la bella *vendetta* del que mata porque le roban la querida ó le burlan con la esposa, ó le manchan la hija ó la hermana; es el asco del crimen que triplica su infamia. Pero ese desventurado, sin embargo, ha estado llevando en un país lejano, una vida de labor y de honradez. En parte ha lavado su delito. Ha creído estar ya libre, y de pronto hé aquí que la justicia le ase y le arrastra al presidio por el término de una existencia de hombre. Aquí va en libertad, pero la evasión sería la muerte. ¿Qué pasa por ese cerebro tosco? Habrá llegado lo autosugestivo hasta hacer que esté convencido ese infeliz de que es inocente? Y luégo vendrá el grillete, el número, el vivir de muerte de los penados; y si el tiempo le permite acabar su condena, saldrá el viejo de cabellos blancos, si no á la *morte civile* de su paisano Giacometti, á caminar dos duros pasos más en la libertad y caer en la tumba.... La profesora alemana ha dejado á Chopin dormir sobre el atril.

DE TODO

CERTAMEN INDUSTRIAL

El Certamen Industrial organizado por la Sociedad de San Vicente de Paul, abrió al público sus salones desde el domingo próximo pasado. La enunciación mera de los efectos exhibidos, sería tarea demasiado larga y laboriosa para que intentara acometerla, yo, sin aptitudes ni tiempo para ello.

De aquí que voluntariamente olvide la mayor parte de los objetos presentados, á fin de demorarme, menos de lo absolutamente necesario, en la somera consideración de algunos de ellos que por uno ú otro motivo hayan llamado preferentemente mi atención.

De todos es sabido que la Ebanistería es una de las artes que mayor incremento han tomado en los últimos tiempos, gracias á la influencia de algunos capitales que, por vía de negocio ó por altruismo, han ido en su ayuda.

No obstante esto, en el Certamen apenas están representados dos talleres: el de los Sres. Vélez R. Hnos. y el de E Olarte y Cía.

Los muebles exhibidos, elegantes y correctos, satisfacen el gusto de todos ó de la mayoría de los concurrentes.

Pero hay algo que no me deja aplaudir sin reticencias á los señores Olarte y Vélez R. Ese algo es la omisión injusta de los nombres de los artesanos que tomaron parte en la ejecución de las obras exhibidas.

No sé si sea imposible que cada pieza lleve el nombre del obrero ú obreros que en ella toman parte; pero sí aseguro que no lo es exhibir un cuadro que rece los nombres de los empleados del taller con sus respectivas graduaciones.

Yo aplaudo á los obreros cuyos nombres ignoro, como aplaudiría á los propietarios de los Talleres mentados, cuando viera cumplido mi justo anhelo.

En la primera sala del piso alto, se disputan el premio en Fotografía, Rodríguez Hnos. y Rafael Mesa. Arte y buen gusto respiran sus cuadros y denuncian esfuerzos grandes de parte de sus autores.

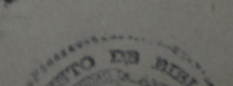
Bien por ellos.

Manuel Lalinde y Enrique Pérez, con sus muestras de tarjetas postales, hacen ver al visitador atento, de cuánto serían capaces si lograran vencer los obstáculos, demasiado serios si no invencibles, que hallarán á cada paso en el curso de su labor artística.

Aplaudirlos por la tenacidad con que luchan contra el indiferentismo del público, no es sino un deber.

Allí mismo muestra Cano lo mejor de lo suyo: el Sagrado Corazón de Jesús, su triunfo más reciente, y más completo.

Yo he buscado con insistencia un elogio digno de ese cuadro,



y apenas he encontrado uno que, siendo el de todos, es el más sincero y el más unánime y el que mejor traduce ese sentimiento de admiración, que todo labio sensible dice con esta sola frase forjada en los talleres del corazón: ¡Qué humano!

De algunos estudios en barro que lucen en la misma sala, me sorprendieron agradablemente un busto pequeño, *La Fourmi*, de B. Vieco, y otro de mayores proporciones, que representa á Napoleón á los 20 años; trabajo de Rafael Patiño, artesano menor de 17 años, discípulo aprovechado del malogrado amigo y artista de verdad IGNACIO CANO.

Vieco no es absolutamente desconocido para el público de esta ciudad: antes bien, hay tal vez muy pocos de entre los que por el Arte se interesan directa ó indirectamente, que no hayan conocido y admirado algo de lo suyo.

Acaso no pueda decirse igual cosa de Patiño, conocido apenas de los que rondábamos por disculpable novelería el taller de Ignacio.

En la obra de Patiño, incipiente todavía pero ya grande, se leen las huellas del gusto artístico del maestro ido, como si por querer de Alguno, el espíritu del artista hubiese de flotar eternamente sobre todo lo que nació al cuidado de su inteligencia y se hizo fuerte al amparo de su mano.

Hoy al lado del pintor Cano, con igual aplicación y empeño por el arte escultural, se abre para el humilde obrero un envidiable porvenir de perfeccionamiento.

Que triunfe es mi deseo.

En otra revista hablaré de algunos otros objetos suyos presentados al Certamen, y cuya pésima colocación me impidió conocerlos convenientemente.

Algunos ejemplares de sombreros de Aguadas, colocados en la tercera sala del piso alto, han robado—y yo lo celebro—la atención de la mayor parte de los visitadores al Certamen.

Se asoma á los labios un aplauso grande y sincero para los cuidadosos trabajadores de Aguadas, y se suspira por D. Luis de Greiff para encargarlo de ello.

Es extraño y sensible que los Sastres, los Zapateros, los Talabarteros y algunos gremios más no estén representados allí debidamente, siendo como son de grande importancia y ocupando como ocupan la vanguardia de las artes en Medellín.

Acaso ellos no hayan querido representar el papel tristísimo de los ebanistas pobres.

La Fundición de la Estrella de los Srs. Velilla & Escobar y la de Quintero de Caldas, ocupan casi una sala del piso bajo, pero á pesar de ello se nota, especialmente en Quintero, muy poco afán de mostrar los productos de su imaginación inventiva y recia.

Esto repetido—casi generalizado—ha hecho que el Certamen no sea, como fuera de desearse, un centro en el cual todos pudiéramos conocer y admirar el esfuerzo de los demás.

En las revistas próximas trataré de algunos objetos voluntariamente olvidados.

SEBASTIAN HOYOS

El triunfo jurídico que el Dr. Sebastián Hoyos alcanzó el 12 de Octubre p. pdo., con la lectura de su sesudo estudio sobre los progresos del Derecho Penal, bien puede considerarse como el más sólido y ruidoso que haya logrado ningún jurista antioqueño en la Antioquia de hoy.

A pesar de sernos desconocido el asunto sobre que versó el estudio, nos fué dable, gracias á la habilidad del expositor, seguirlo, siquiera medianamente, en el curso de su desenvolvimiento.

El Dr. Hoyos ha entrado con pie firme y ademán resuelto, ufano de su bandera y de sus armas, á combatir los errores tradicionales de la escuela clásica criminalista.

No quiere él hacer parte de los desaplicados por incapacidad, por aberraciones religiosas y políticas ó por indisculpable aperezamiento intelectual.

Nó: él quiere, y así lo ha hecho y así lo hace y lo hará así, ir con los que más avancen, porque sabe muy bien que si no siempre se triunfa al amparo de una bandera perseguida con empeño por los más, és precisamente porque la defensa de esa bandera exige algunos sacrificios en favor de los menos, y de esos sacrificios son capaces apenas las almas nobles.

Pero no es, á fe, la tarea que el Dr, Hoyos ha echado voluntariamente sobre sus hombros capaces, la inconducente y necia del demoledor ciego, sino la mesurada, inteligente y sabia del que, convencido de la resistencia de un edificio estorboso, se apresta á derribarlo, rodeado de todos los elementos necesarios y posibles, pero sin olvidar que son igualmente indispensables para el triunfo, el tino y el tesón.

No pudiendo hacer de este trabajo un estudio siquiera demasiado superficial, nos contentamos, es decir tenemos que contentarnos, con aplaudir desde la barra, sin miedo, con etusiasmo y con respeto.

FERIA Y EXPOSICION
DE
Animales en Medellín.

El día 11 de Octubre próximo se inaugurará esta importante mejora para la ciudad. Ya se han principiado los trabajos y el 1º de Julio se entrará en la construcción de las galerías y corrales.

Los locales destinados á ser el centro de la Feria están situados entre las calles de Cundinamarca, Maturín y Cúcuta, vías amplias, de á 20 varas cada una, centrales y cómodas; baste decir que la Feria quedará á 5 cuadras del Parque de Berrío y á 2 del Mercado Cubierto de Guayaquil. Las galerías públicas tendrán unos 550 metros (110 $\times$ 5). Habrá corrales cómodos y seguros, con agua. Habrá amplios corrales con marcaderos muy cómodos.

En las galerías se exhibirán todas las marcas de los hacendados; para el efecto debe cada uno mandar la suya, lo más pronto posible, en una tableta de 20 centímetros en cuadro por 1 centímetro de grueso, con el nombre del hacendado al pie, en letras claramente legibles. Las recibirá el Sr. Alberto Angel.

Como se proyecta una gran exposición de animales para el 12 de Octubre, con premios, carreras &, deben los propietarios de buenas y hermosas bestias, toros y vacas notables, buenos cerdos etc. etc., prepararse con anticipación para traerlos á la exposición, que durará varios días. Habrá pesebreras, corrales y corralejas arreglados para recibirlos.

Los propietarios de *mangas*, potreros, corrales, pesebreras &, de todos los alrededores de la Feria, del Mercado Cubierto y en general de Medellín, deben arreglarlos con anticipación.

Los dueños de hoteles, fondas, cantinas etc. etc., deben también prepararse á dar comodidades y abundancia para la gran festividad que viene.

Los programas detallados circularán oportunamente en toda la República.

Medellín, Junio de 1905.

El Presidente de la Junta,

MANUEL J. ALVAREZ C.

El Srio. Tesorero,

ALBERTO ANGEL.

6—6